



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Tomás L. Torregrosa.)



—Críticos sin fundamento
antes á cada momento
me echaban en el montón...
¿Sabrían lo que es talento
y lo que es inspiración?

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Justa pena, por Luis de Ansoarena.—Un periódico en 1821, por Ángel R. Chavez.—Confiteor, por Sinesio Delgado.—Cantares, por Francisco Ayllón y Lara.—¡Cómo se escribe!, por Antonio de Valbuena.—Carta [de una prima, por Juan Pérez Zúñiga.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.

GRABADOS Instantáneas: Tomás L. Torregrosa.—Contrastes (cuatro viñetas).—Torre de calle.—Hombre prevenido.—Desconsuelo, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Los forasteros que acuden á Madrid formando parte de comisiones más ó menos numerosas é inútiles, los que vienen á sacarse muelas, los que por haber cobrado un premio de la lotería se disponen á dejarse aquí una buena parte de lo cobrado, todos, en fin, cuantos visitan la corte, procedentes de nuestras provincias, tienen una cosa notable que ver: la farola monumental de la Puerta del Sol.

Hace pocos días que ha desaparecido la valla, dejando al descubierto el maravilloso «ejemplar», digámoslo así, y ya ha llegado á todos los ámbitos de la Península la fama del monumento.

Ya preguntan los provincianos que echan pie á tierra en las estaciones del ferrocarril, dirigiéndose á los mozos de equipajes:

—¿Está muy lejos la Puerta del Sol? ¿Me permitirán ver la farola? ¿Puedo ir á verla en este traje?

El Municipio pensó en establecer un impuesto que pagarían todos los que quisieran ver de cerca la susodicha farola; pero hubo un concejal abnegado que se opuso al proyecto con estas hermosas palabras:

—¿Cómo? ¿Vamos á privar al país de un derecho indiscutible, cual es el de contemplar las maravillas del arte moderno? ¿Qué razón hay para que los pobres se priven de admirar una obra notable?

—Sí—añadió otro edil.—Es muy justa la observación de mi digno colega. Las costumbres del pueblo se modifican y endulzan merced á las manifestaciones artísticas. Fomentemos la cultura de nuestros administrados.

Y se observa, efectivamente, que ha disminuído la criminalidad en todo el terreno inmediato á la farola. Los que van á dar una puñalada, y se encuentran de manos á boca con el monumento, tiran el cuchillo... y se caen de espaldas.

Porque el monumento, dígame lo que se quiera, es precioso.

Ha habido gente malintencionada («espíritus mezquinos», que decía un teniente de alcalde) que vió la farola la noche de la solemne inauguración y se puso á silbar, como si se estuviese estrenando una zarzuelita en Romea.

—¿Qué tienen ustedes que decir de esta arrefato?—exclamaba furioso un guardia municipal, dirigiéndose al público indocto.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Piiii... piiiilil!—hacía la muchedumbre metiéndose los dedos en la boca.

—¡Ordinarios! ¡Sin vergüenzas! ¡Prebe!—gritaba al guardia.

Y la plebe continuó silbando á pesar de las enérgicas protestas del representante del municipio.

La farola es elegante y sencilla, como esas jóvenes de pocos recursos que se arreglan un vestido con cuatro trapos y salen por ahí diciéndo al público con los ojos:

—¿Me ven ustedes tan bien puesta y tan airosa? Pues todo lo que llevo encima me lo he arreglado yo. No es necesario derrochar

el dinero para conseguir la elegancia y la sencillez. Yo soy un ejemplo viviente de esta verdad.

Así es la farola: pobre, sencilla, pero elegante. Diríase que la habían hecho, una tarde de sesión, los individuos de la municipalidad.

—Hombre, vamos á hacer un proyecto de farola.

—Me parece bien.

—Venga una pluma.

—Pero ¿sabe usted dibujar?

—Yo no; pero tengo idea.

—¡Anda, anda, pues si pinta usted muy bien!

—¡Pchati!

—No se haga usted el chiquito.

—De niño he dibujado algo.

—Ya se conoce. Le ha salido á usted divinamente ese baúl.

—No es baúl.

—¿No? Pues lo parece.

—Es el pedestal de abajo.

—Está muy propio.

—Lo que le ha salido á usted mejor es el repollo de arriba.

—No le llame usted repollo.

—¿No es un repollo?

—No, señor, éstos son los brazos que han de sostener los faroles.

—¡Qué bonito!

Esto es, poco más ó menos, lo que ha debido ocurrir en la sesión: un concejal aficionado á las bellas artes dibujó el monumento y la municipalidad lo aprobó unánimemente.

Y así ha quedado él.

Hay quien dice que es poco gallardo; que se parece á esos niños hidrocefalos á quienes mira uno con temor, creyendo que se van á derrumbar porque les pesa demasiado la cabeza; hay quien pone toda clase de defectos á la farola y al pedestal y á todo; pero es bonita, ¡vaya si es bonita!

Á D.^a Cenona, la pupillera, la ha entusiasmado.

—Señor—exclamaba anteaer,—¡cómo se está poniendo este Madrid! Da gusto salir á la calle y ver todas estas obras nuevas tan divinas. Mire usted qué farola, D.^a Eugenia; parece talmente de dulce.

—¡Es manifica!—agregaba D.^a Eugenia.

—Fíjese usted bien—añadía D.^a Cenona:—todo lo de abajo es de mármol fino.

—Ya habrá costado.

—Naturalmente; pero cuando se gasta bien el dinero, no le duele á una.

—Diga usted que sí.

—Estoy deseando que llegue San Isidro para que venga mi hermano el de Villamandanga y vea esta preciosidad... Hija, yo he salido de casa nada más que para esto, pues ya sabe usted lo que me dan que hacer los pupilos, sobre todo el del comedor, que está siempre tomando potingues para el aama; pero no he querido dejar pasar más días sin ver la farola y me he venido tal y como estaba en casa... ¡Vaya una cosa de mérito!

—Por algo es ésta la corte de España.

—Tiene usted razón.

—Vaya, yo me vuelvo á casa. No hubiera querido morirme sin ver la farola.

—Pues mire usted—interrumpí yo,—hay quien la ha visto y por poco se muere del susto.

Luis Taboada

*

Justa pena.

I

La habla el mozo con pasión y ella escucha medio loca, creyendo ver á su boca asomarse el corazón, porque, aferrada al empeño de hacer su sueño verdad, no advierte la falsedad que lleva en sí todo sueño. Y sin pensar en la ofensa que él infiere á su pudor:

«Éste es verdadero amor! la pobre inocente piensa. ¡Ruín suerte de la mujer que busca el bien y halla el mal por confundir su ideal con el ansia de placer! ¡Mas quién, si perdió la calma, en casos de amor se explica si á la boca que suplica se asoma un cuerpo ó un alma! Por eso, al verla tan ciega

El sigüé es la odiosa Iacha, pues sabe que cuando escucha siempre la mujer se estraga, y venice al cabo el rigor de virtud mal defendida, logrando decir: ¡Vencida! cuando ella dice: ¡Qué amor!

II

Mas corre el tiempo, y casado el cagañador galán de buscar con loco afán la dicha que no ha encontrado, recuerda que una mujer tuvo la mala fortuna de quererle, cual ninguna mujer le volvió á querer. Y á ella vuelve, convencido de que, pues tanto le amó, lo que vencido quedé para siempre está vencido.

III

—¡Imbecil!—le dijo alzada la que está ya persuadida de que, si el amor es vida, la vida es menos que nada. —¿Qué buscas? ¿Cómo he de dar lo que pide tu egoísmo, si lo que pide es lo mismo que me enseñó á despreciar? Yo no olvido ni perdono... Fingiste ardiente pasión y después mi corazón heriste con tu abandono. Helado aquel frenesi qué lograste despertar, cómo quieres encontrar lo que destruiste en mí! Vosotros mismos vengadnos deis de vuestro rigor... ¿Gozáis matando un amor? ¡Pues matáis vuestra esperanza!

Lucía de Ancoena.

Un periódico en 1821.

I

Por más que he buscado con el mayor detenimiento en cuantos trabajos se han publicado acerca de la historia del periodismo en España, no he podido dar con el nombre de *El Parlanchín*, periódico que me consta á ciencia cierta que vió la luz en esta corte en 1821.

Sin embargo, no puede eniparse á nadie por la omisión de un dato que, con decir que escapó á la asidua é inteligente labor de mi querido amigo el Sr. D. Eugenio Hartzenbusch, cuando escribió su interesante cronología de nuestras publicaciones periódicas, sobra añadir que es de pocos, de poquísimos conocido.

El poderle consignar yo aquí no ha de atribuirse á largos desvelos ni á penosas disquisiciones. Lo debo á una casualidad, y como no me gusta engalanarme con méritos que no contrafe, me apresuro á decirlo.

De la existencia de *El Parlanchín* allá por los tiempos en que los españoles andábamos divididos en blancos y negros, ó sea en serviles y libres, y estos últimos en moderados y exaltados, con sus diversos matices de doceañistas, anilleros, masones, comuneros y qué sé yo cuántos grupos más, me ha dado menuda cuenta quizá la única persona que puede hacer memoria á tan larga distancia de un hecho que hasta de sus coetáneos pasó casi inadvertido.

El interesado, hoy cargado de años y de respetabilidad, me autoriza á propalar lo que él mismo llama pecado; pero me ruega deje en la sombra el nombre del pecador. Yo, obediéndole en todo, voy no más que á tratar de transcribir sus propias palabras, siquiera tenga la triste convicción de que mi deslavazada prosa no ha de dar ni aproximada idea de su amena y pintoresca relación.

Empiezo, pues, á hablar por cuenta ajena.

II

Debió ser por los días en que la ridícula algarada que pasó á la historia con el sarcástico remoquete de *Batalla de Platerías* traía exultados los ánimos, y por lo tanto en los momentos en que, mientras los más soñaban con la vuelta á la corte del Héroe de las Cabezas como el único remedio á todos los males, otros preparaban el ánimo, ya bien dispuesto de suyo, de nuestro amado monarca á la famosa *coletilla* que fué el suceso más chusco de aquel año y la humorada más sin ejemplo de nuestra vida parlamentaria.

Yo contaba poco más de diez y siete años, y como todos los mozelos de entonces, tomando con extraordinario calor la cosa pública, alardeaba de exaltado, cosa que ocultaba cuidadosamente en el seno del hogar, por miedo á las nada suaves amonestaciones de mi padre, que gozaba fama, y no inmerecida, de más que afecto á la Constitución, de un poco amigo de todas las regias prerrogativas sin limitación alguna de aquel deseado Fernando, por quien como bizarro militar había luchado con más gloria que personales meritos en la guerra de la Independencia.

Mis entusiasmos políticos me hacían adorar las reuniones patrióticas y las borrascosas sesiones de *La Fontana* y *Lorenzini* y *La Cruz de Malta*; pero como éstas se celebraban de noche y la tiranía paternal me encerraba en casa á las nueve lo más tarde, apenas podía meter las narices en ellas, malográndose de aquel modo las envidiables dotes de tribuno que creía poseer y que sin aquel obstáculo hubiera echado á volar para bien de la patria y para escarmiento de aquellos mixtificadores (así los apellidaba yo entonces) que se llamaban Argüelles, Calatrava, Martínez de la Rosa, Felgué y demás adversarios de Alcalá Galiano, Romero Alpuente, Moreno Guerra, San Miguel, Mejía y otros personajes de no menos cuenta.

Falto de aquella válvula de seguridad con que hubiese dado salida á los torrentes de grandes ideas que se podían en mi cerebro, no me quedaba más que un recurso: la hoja impresa.

El periodismo político, nacido en Cádiz al fragor de la artillería francesa, había hecho su resurrección en Madrid con el alarmento

del ejército de la Isla, informado por el mismo entusiasmo, pero plagado de idénticos vicios que le destruían no poco desde los primeros días de su existencia.

Todavía no habían aparecido, á lo que creo, el tristemente célebre *Zurriago*, la no menos famosa *Tercerola* y otros parecidos libelos que dejaban atrás á los *Concisos* y *Concisivos* de las Cortes gaditanas; pero ya se hacía arma de dos filos de la prensa, de la que no sacaban el peor partido los que abominaban de ésta y de otras conquistas de la naciente libertad.

Fundar un periódico era el problema que me preocupaba. Pero ¿cómo? Poco era lo que, comparado con las revistas ilustradas de hoy, costaba crear un semanario (á más no aspirábamos la mayor parte de los publicistas de entonces); pero ni de ese poco disponía.

Además, era preciso un impresor, un local para redacción y alguien que compartiera conmigo la ruda tarea que iba á echar sobre mis hombros, y todas estas cosas, que nos parecen hoy lo más fácil del mundo, no lo eran para mí entonces.

Sin embargo, la suerte no tardó en depararme todo cuanto anhelaba.

Conocía yo un poco á un estudiante de no se qué, que aunque no gozaba reputación de muy sentado de cerebro, ni de muy escrupuloso de conciencia, por ser asiduo concurrente á los clubs y por hacer ostentación de las ideas más arrebatadas y radicales, me parecía el hombre mejor del mundo.

Este lo arregló todo. Aunque su estado de fortuna no parecía próspero, ni mucho menos, él encontró dinero, instaló la modesta redacción en un piso segundo de la plaza de Matute, si no recuerdo mal, y logró que un tal Aguado, que tenía imprenta en la calle de Relatores, se encargara de la impresión de la hoja periódica.

En una palabra, *El Parlanchín* se dió á luz.

III

Poco espacio se me dejó á mí en el primer número para explicar todo cuanto tenía que decir. Pero estaba satisfecho.

Mi socio suó no sé de dónde tal farrago de original que la mitad se quedó en pruebas. Y, sin embargo, ¡qué número! ¡qué número!

Nadie hasta allí había dicho las cosas con la crudeza de *El Parlanchín*; nadie había arrancado con mano más firme la máscara de los «traidores», de los «fingidos y pérfidos defensores de lo que ellos llamaban orden».

No creo que en el público hubiera nuestra prosa todo el efecto que en nosotros; pero esto no nos importaba.

Lo principal era que el segundo número no cediera al primero en lo que nosotros llamábamos valentía, y no era en realidad sino desvergüenza y descoco.

Para lograrlo estábamos una tarde encerrados en la redacción, que era como nos hartábamos de llamar al zaguizamí de la plaza de Matute, cuando de pronto fuertes golpes dados en la puerta nos pusieron en alarma.

Mi primera idea fué huir ó esconderme. Para mí era seguro que el Gobierno nos mandaba sus esbirros para coartarnos el más sagrado derecho del ciudadano, dando con nuestros huesos en la cárcel de corte; pero la especie que apuntó mi socio de que pudiera ser más bien alguno de los más caracterizados jefes de nuestro bando, que viniera á felicitarnos y á ofrecernos su incondicional ayuda, me hizo abrir la puerta.

Si un rayo hubiera caído á mis pies no me hubiera hecho mayor efecto. El que acababa de penetrar en nuestro santuario era... ¡nada menos que mi padre!

Este, que penetró en la estancia sin más preámbulos, en vez de propinarme la serie de pescozones que ya veía caer sobre mí, sin hacerme caso siquiera, saludó como antiguo conocido á mi socio y se limitó á decirle:

—Estamos satisfechos. Allá ha caído muy bien el primer número, y el señor me dice que no se escatime gasto alguno. Por este medio se hace más daño á los liberales que con todos los ataques que hacen en los periódicos serios los defensores del trono legítimo.

Y como yo, á pesar del respeto que me inspiraba el autor de mis días, llevado de mi entusiasmo, quisiera protestar, mi padre, sonriendo benévolutamente, me dijo, dándome una palmadita en el hombro:

—Esto te servirá á ti de escarmiento y no contribuirá poco á curarte de unas ideas que no era un secreto para mí que se te habían colado en el cerebro... Hay muchos más *Parlanchines* de los que tú crees.

Y sin decir más, se despidió de nosotros, dejando sobre la mesa un bulto que produjo cierto ruido metálico que hizo poner cara de pasmos al *entusiasta* defensor de las más radicales y exaltadas ideas liberales.

IV

Decir que yo no pensé en volver á poner la pluma sobre el papel para hacer cruda guerra á los absolutistas, exensado es decirlo.

Lo que nunca he sabido es el por qué no volví á ver la luz pública el malhadado periódico.

Por fortuna—concluyó diciendo el respetable anciano que me ha suministrado estos apuntes,—los tiempos han variado mucho, y en *El Parlanchín* de ahora no tendrías dificultad en escribir.

Y eso que todavía no faltan hojas impresas de la calaña de la de 1821.

Angel P. Chaves.

CONTRASTES



Así suele figurarse el vulgo á los poetas graves, que hablan de parca fiera, miserias humanas, pesares hondos y noches sombrías...



y son generalmente unos caballeros bien acomodados, que viven de sus rentas y se dan una vida de duques.



Por el contrario, no hay quien no se imagine así á los poetas festivos,



que suelen escribir sus chistes de esta manera.

Confiteor.

—Padre, vengo con el ansia
de resolver ciertas dudas
que como cristiano viejo
me atormentan y torturan.
Sé que el amor no es pecado
cuando la intención es pura
y acaba naturalmente
con la conyugal coyunda;
pero dicen que es un crimen
horrendo el querer á muchas,
porque amando á dos mujeres
tiene que ofenderse á alguna.
Y tal es mi caso, padre;
tal y tan grave es mi culpa,
que pienso á veces que tengo
la condenación segura.
Me gustan varias mujeres,
morenas, trigueñas, rubias,
y me enamoro en seguida
de todas las que me gustan.
No ludo con el deseo
porque es inútil la lucha,
y la pasión, cuando es fuerte,
aun siendo vencida triunfa.
¿Me condenaré por eso?
¿No habrá á mi falta disculpa
y me llevarán los diantres
á sus mazmorras profundas?
Tenga usted en cuenta, padre,
si contesta á mi pregunta,
que no es acto voluntario
eso de que el alma sufra
al ver á una aragonesa,
castellana ó andaluza,
y piense inmediatamente
que tiene gracia y sandunga
y sienta, por consiguiente,
la pena de no ser suya
y las ansias la devoren
y el anhelo la consuma.
Claro está que no me atrevo
á decir «por ahí te pudras»,
porque eso sí se me alcanza
que es pecado, señor cura;
pero desearlas... ¡eso
no puedo evitarlo nunca
y si me aplican la pena,
¿usted opina que es justa?

Sinesio Delgado.

*

Cantares.

Por tu amor no dormiría
si Dios no fuera tan bueno
que deja dormir soñando
con lo que nos quita el sueño.

Anda, y como cosa tuya
pregúntala si me quiere,
y si te dice que no...
¡mira, no vuelvas á verme!

Llegué tarde á todos lados,
pero nunca al de mi madre.
¡Donde á uno le esperan siempre
no se llega nunca tarde!

Francisco Cyllón y Lara.

Toreo de calle.



—Aprended, almas sencillas,
que andan por Madrid chiquillas
de extraordinaria belleza
que, citando á banderillas,
descomponen la cabeza.]

¡Cómo se escribe!

La misma D.^a Emilia, sin ir más lejos, continúa escribiendo medianamente.

Pero, ante todo, para que no vaya á parecer que escribo yo lo mismo que ella, hágame usted el favor, amigo Sinesio, de suplicar al regente de la imprenta que tenga la bondad de no enseñarme gramática... académica; porque no la quiero aprender, me parece.

Dígale usted, querido paisano, que donde yo ponga *la* no se tome la molestia de poner *le*, sino que deje *la*, pues no es que yo me haya equivocado al escribir, sino que es él quien se equivoca al enmendarme.

Adviértale que no quiero que me haga decir, hablando verbigracia de D.^a Emilia: «*le* he dicho», lo cual es una tontería académica que yo no digo nunca, sino que digo «*la* he dicho», como se dice en Támara y en Pedrosa, donde hasta las criadas de servi-

cio hablan el castellano mucho mejor que aquí los académicos, y como han escrito D. Modesto de Lafuente, y Zorrilla, y Donoso Cortés, y los Moratines, y el P. maestro Flórez, y D. Antonio de Solís, y el P. Nieremberg, y Cervantes, y Fray Luis de León, y Santa Teresa, y todos los buenos escritores... y hasta los malos, ó sean los académicos, cuando se han visto en apuro.

Y si no que lo diga D. Gaspar Núñez de Arce que escribió en su *Idilio* aquel «prestólas», perfectamente gramatical, aunque prosaico.

Y más vale que los académicos contradigan así, prácticamente, como D. Gaspar, lo que ellos mismos legislan, que no que por huir neciamente del *la*, no distinguiendo como no suelen ellos distinguir de colores ni de casos, pongan *le* hasta en los acusativos femeninos, como ha hecho el Sr. Tamayo en el prólogo del Diccionario corriente, donde dice que á la Academia «no le sorprenderá» la crítica, lo cual es una barbaridad á todas luces.

¡Ah! y dígame usted también al regente que, á más de no tener razón para corregirme es injusto, porque no nos mide á todos con

un *casero*, sino que la deja decir á usted lo que á mí no me conviene. Porque en el mismo número en que no me ha dejado decir á mí que D.^a Emilia «no suele hacer caso de los consejos que se le dan» y que yo «la he dicho», sino que me ha puesto «se le dan» y «le he dicho», le ha dejado á usted decir perfectamente:

«Ahí está ya la masa, que á juzgarme viene, con el derecho que yo mismo le doy...»

¿En qué regla de gramática ni de justicia se ha podido fundar el regente para dejarle á usted decir «que yo le doy» y no dejarme á mí decir que «se le dan» consejos á D.^a Emilia?...

Volviendo á esta señora, han de saber ustedes que cuenta en otro artículo otra escapatoria como la pasada, la escapatoria de dos niñas casaderas, que se fueron á un baile de máscaras por ver si iban sus novios, y dice:

«¿Cómo les palpitaba el corazón!...»

No crean ustedes que es á los novios; es á las niñas. Aunque dice *les*, se refiere á las niñas, porque D.^a Emilia usa esa sintaxis académica.

Sin duda para ver si los señores se ablandan y la dejan entrar en la *docta corporación*, como ella dice, porque no pierde ocasión de hacer méritos.

Pero no es constante en eso de usar la sintaxis académica, porque á lo mejor se la olvida al papel y usa la que ha oído en la conversación castellana y ha leído en los buenos autores. Como cuando dice de las niñas, más abajo, que el aya vienesa «las tenía frita la sangre».

«¿Cómo les palpitaba el corazón á las dos loquillas, cuando por la puerta de la verja, á espaldas del palacio (siempre el palacio), salieron á pie y solas, envueltas en sus dominós de blanco encaje riquísimo, y pisando con tiento la acera, á fin de alcanzar un simón!...»

De modo que ¿pisando con tiento la acera es como se alcanzan los simones?

¿Qué descubrimientos hace esta D.^a Emilia!...

Todo el mundo había creído hasta ahora que para *alcanzar* un simón lo que convenía era, no pisar con tiento, sino andar de prisa, y todavía mejor, echar á escape.

Pero viene la innovadora D.^a Emilia y nos enseña lo contrario, á saber: que para alcanzar un simón lo mejor es pisar con tiento la acera... Y, es claro; hay que creerlo porque no se disguste.

Verdad es que añade D.^a Emilia á lo de alcanzar el simón: «antes de que los pulidos zapatitos de raso se les manchasen...»; pero esto ya viene tarde, cuando el lector ha sufrido ya el mal efecto de la inversión del período.

Para bien se tenía que haber dicho D.^a Emilia: «Pisando con tiento la acera á fin de que no se las manchasen... etc., mientras hallaban un simón».

Bueno. Quedábamos en que salieron pisando con tiento la acera á fin de alcanzar un simón, antes de que los pulidos zapatitos de raso se les manchasen de barro y polvo *vibr*.

¿Señora! ¿No la parecía á usted bastante mancha la del barro, sin necesidad de añadir también la del polvo? Si era posible que los zapatitos se manchaban de barro, ¿de dónde había de venir el polvo *vil* á mancharlos también? ¿No se la podía haber ocurrido á usted que donde hay barro no suele haber polvo, porque el barro es el polvo mojado?

¡Y gracias que no nos ha puesto usted el polvo en latín y ha vuelto usted á decir *pulvis eris!*...

Después nos cuenta D.^a Emilia que las niñas «poseían los billetes, tenían una *doble llave* de la verja...»

¿Y para qué la querían *doble* si se puede saber?... ¿Para llevar más peso? ¿No las bastaba con que fuera sencilla?

«Poseían los billetes, tenían una *doble llave* de la verja encargada secretamente á un cerrajero, y los disfraces...»

Estos buenos que fueran *dobles*; pero lo que es la llave... no se ve la necesidad.

Y los disfraces, los dominós, hechos con arte de los magníficos velos de *punto á la aguja* traídos de Francia para *lucirse* en la ceremonia nupcial.»

Mejor sería para *lucirlos*, porque ese *lucirse* lo mismo puede referirse á las niñas que á los velos. Y mejor todavía se refiere á las niñas; aunque usted á los velos habrá querido que se refiera.

Y dice D.^a Emilia tratando de explicar el caso:

«Porque Mercedes y Rosa iban á casarse en *Pascua*.»

No sería en *Pascua*, sino después de *Pasquilla*, que es cuando se abren las velaciones, *carreadas en Pascua* y en toda la semana siguiente igual que en la *Cuaresma*.

Lo digo porque, si es que vivían en un palacio y se iban á poner velos de riquísimo encaje, no es de creer que se fueran á casar sin velarse al mismo tiempo. Porque la moda aquella de casarse de noche y sin *miss*, va quedando ya relegada á las familias de segunda ó tercera clase.

Lo que hay es que D.^a Emilia, mal enterada de la mayor parte de las cosas, cree que las velaciones se abren en *Pascua*.

Volviendo al cuento, las dos hermanas, Mercedes y Rosa, entraron en el baile que D.^a Emilia llama de la «Asociación artística», y á poco de haber entrado vieron allá á sus dos novios, aunque las habían dado palabra formal de no ir.

Y todavía no fué esto lo más grave, sino que los tales novios, sin saber quiénes eran las dos *manuscritas*, se dirigieron á ellas y estuvieron diciéndolas mil inconveniencias; en fin, tratando, según D.^a Emilia dice, de conquistarlas.

Claro es que, tras de este descubrimiento, unas niñas buenas

mandan á paseo á sus novios y ya no se casan con ellos. Pero las niñas que pinta D.^a Emilia no son tan escrupulosas ni con mucho. Por de pronto D.^a Emilia nos dice que «Rosa *hipaba*», lo cual ustedes no saben qué es, ni yo tampoco.

Ni tampoco los académicos lo saben; pues aunque ponen la palabra en el Diccionario, dicen al definirla tantas incoherencias y la atribuyen significados tan diferentes unos de otros, que bien claramente se conoce que no saben cuál es el verdadero.

No es menester decir que D.^a Emilia tampoco lo sabe. Ya lo demuestra ella. Pues, según se deduce del contexto, uso el verbo *ese* en el sentido de *lloriquear* ó de *quejarse*, cuando si algo significa *hipar* será tener hipo.

Después, cuenta D.^a Emilia que Mercedes echó á Rosa la signieta plástica: «Mira, Rosa, que no se enteren de nada. No hagas escena. Hasta *después*... (así subrayado lo pone D.^a Emilia) no conviene que sepan ni esto. Casémonos primero, que luego... ya verán».

¡Caracoles! ¿Qué composición de lugar!

Casémonos primero y después... nos vengaremos...

Vale Dios que las señoritas no suelen ser así como las pinta D.^a Emilia, que si fueran así todas ó la mayor parte, bueno andaría el mundo.

Por último, la sal del cuento, ó lo que D.^a Emilia quiere que sea la sal, es que el día de las bodas los novios, al ver á sus novias cubiertas de encaje blanco, reconocieron en aquéllos velos los dominós de encaje del baile, y se echaron á temblar...

Porque, es claro: ¿qué remedio tenían más que ser aquéllos los velos del baile? ¿Cómo había de haber en el mundo otros dos velos de encaje blanco?...

Ni otros dos novios tan memos; porque éstos ya los hizo doña Emilia así intencionadamente. Con las tragaderas necesarias para creer que no han venido ni podido venir de Francia en toda la vida más velos blancos que los dos que ellos habían visto en el baile.

Lo malo, para D.^a Emilia, es que los lectores no tienen esas mismas tragaderas.

Antonio de Valbuena.

*

HOMBRE PREVENIDO



—Por supuesto que mañana mismo me voy al monte y me pago allí toda la semana Santa. Prefiero cazar yo á que me cacen en las mesas de petitorio.

DESCONSUELO



—Mañana iré por mi palma como todos los años, la pondré en el balcón como todos los años y... allí se me pudrirá como todos los años.

Carta de una prima.

«Primo mío de mi vida: Llegué ayer á Sanchidrián y encontré á toda esta gente sin ninguna novedad; porque encontrar á mi tía con esparavanes y á mi esposo reblandecido de la cédula espinal y á la maestra de niñas próxima á desocupar, no es nuevo, ni tiene nada de chocante, la verdad. Hoy te escribo, porque he visto que los papeles están tomando el pelo estos días á la farola sin par que han colocado en la Puerta del Sol, hacia la mitad, y á mí me parece que eso ya es gana de calumniar. Lo primerito que dije cuando vine, y ahí está el albeitar que lo oyó de mis labios de coral, fué que habían levantado una farola hasta allá donde antes estuvo el abre-vadero municipal; que el diamante monumento es una preciosidad, y que el que se esponga tiene la vista despertilla.

¡Vaya un manojo de luces! ¡Vaya un modo de alumbrar por arriba, por abajo, por delante y por detrás! No sé si tiene más mérito lo airoso del pedestal ó los nueve brazos, que parecen brazos de mar, ó aquella luz que despiden (sin duda porque se va). ¡Qué foca con nueve focos pequeños, querido Juan! Antes la Puerta del Sol era del sol nada más de día; pero hoy en ella de noche es cuando el sol da. Me choca y le choca al síndico que haya pillos (y los hay) que al escribir chirigotas contra la farola van y juegan con las narices del alcalde que gastáis, porque exceden una miaja del tamaño natural. ¡Con esas bromas podían venirle á la autoridad que tenemos en el pueblo! ¡Para qué querían más! Aquí, que el alcalde es chato y que, sin exagerar, tiene la nariz lo mismo que un sello del Canadá,

al que le pusiera en solfa le mandaría encerrar, y como justo castigo á su atroz perversidad le recitaría un trozo de un poema *ecuatorial* que está escribiendo estos días cuando regresa de arar. Pues bien, mi querido primo, para dejarte ya en paz, el objeto de esta carta te voy á manifestar. El alcalde, que aquí es cèlibe y es un farol sin igual,

necesita una farola, como tú comprenderás, y desea que le informes á la mayor brevedad de quién hizo esa admirable farola municipal, y si pasa de seis duros lo que habría de llevar por otra alcachofa grande con luces *intercalás*. Recibe afectos de todos, y lo que quieras y más de tu prima... *Bruna López y Rodríguez de Aquitrón.*»

Por la copia,

Juan Pérez Tríniga.

CHISMES Y CUENTOS.

¿Quién era el osado melandrin que se había atrevido á dudar de la palabra de honor del distinguido *sportman* Sr. Sanguily?

Ahí está, tan fresco y tan guapo, organizando expediciones filibusteras y preparándose para desembarcar en Cuba á dirigir personalmente las *operaciones* contra el ejército.

Cosa que no puede hacer en Filipinas el también distinguido doctor Rizal, no más que porque tuvo la desgracia de tropezar con Polavieja.

Pero anda, que bueno le han puesto.

El Gobierno de los Estados Unidos le ha castigado (á Sanguily, no á Rizal, que afortunadamente no lo necesita) publicando el documento en que se comprometía, para obtener el indulto, á no intervenir directa ni indirectamente en la guerra, y el Sr. Cánovas amenazándole con hacer lo mismo para que se le caiga la cara de vergüenza.

Urge, pero mucho, que los periódicos españoles den á conocer el citado compromiso.

Para que lo lean detenidamente las familias de los soldados que mueran persiguiendo á D. Julio.

Y se consuelen un poco.

Bromas aparte, yo creo que, si semejante canalla se atreviera á desembarcar en la isla, todos los esfuerzos del general en jefe debieran dirigirse á cogerle vivo... para tostarle á fuego lento.

Porque al fin y al cabo Sanguily es español, y por el bien parecer no debe tolerarse que un español cometa semejante felonía.

Así como creo también que Calixto García ha debido caer á estas horas en poder de las tropas *por buenas ó por malas artes*, y pagar con la vida su traición.

Al enemigo noble debe tratársele con humanidad; al indecente debe asársele vivo sin contemplaciones.

Pero, ahora que me acuerdo, estoy tocando la vihuela.

¡Milagro será que cuando se acabe la guerra, y ojalá sea pronto, no se nos presenten por acá los dos *interfectos*, y no sólo se permitan hombrear-se con nosotros, sino que disfruten empleos de pingües ganancias, y sean recibidos con muchísimo gusto en los *altos círculos*!

Tengan ustedes memoria y acuérdense cuando llegue el caso.

Entre tanto, y como si aquí no hubiera pasado nada, el honorable mister Morgan sigue despoticando en el Senado de Washington y pidiendo el reconocimiento de la beligerancia y el envío inmediato de un buque de guerra á las aguas de Cuba, para garantir no sé qué intereses...

Pero ¿qué creará ese tío morral (y ustedes perdonen) que iba á hacer allí ese buque?

¿Amedrentarnos?

En todo caso amedrentaría á nuestros ministros.

Pero los ministros no son la Nación, á Dios gracias.

Y siempre quedaría un Polavieja para un remedio.

No puedo menos de dar la enhorabuena al señor alcalde por la feliz inauguración de la farola monumental, que ha venido á echar á perder la Puerta del Sol.

Lo malo es que los que la han pagado se contentaron con silbirla.

En lugar de pedir que les devolvieran el dinero.

Libros:

Arte de la escritura, por D. Rufino Blanco y Sánchez. Este libro es un notable estudio del arte de escribir, aplicado particularmente á la letra española; tiende á restituir el buen gusto en la escritura usual, y contiene en artísticas reproducciones, las obras más importantes de los grandes calígrafos nacionales y extranjeros. El *Arte de la escritura* del Sr. Blanco, escrito para servir de texto en las escuelas normales, contesta extensamente al programa oficial de la asignatura que ha de regir en las oposiciones á escuelas públicas de primera enseñanza, tanto de maestros como de maestras.

Poca cosa se titula el segundo tomo de la Biblioteca moral recreativa que, bajo la dirección de D. Angel Vergara de Prado, se publica en esta corte. Le forma una colección de interesantes cuentos de D. Melitón León, y se vende á una peseta.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Aficiones.—Algunas ideas de algunas menudencias tienen alguna gracia, pero no están bien sacadas las puntas por las malditas ligaduras del verso.

Un miago.—Muy á propósito para un devocionario.

Naristas.—Me ensorbercen los pipos, me ha reído con lo del ojo de cristal y... no me gusta la composición. ¿Por qué? ¡Ay! Porque es vulgarísima.

Un nuevo López.—¡Por Dios! No siga usted por ese camino, porque no lleva á ninguna parte. Lo de López Silva es tan personal, tan suyo, que... nadie las muera. Además, ande usted con ojo con los endecasílabos, porque algunos no lo parecen.

Sr. D. F. A.—Se publicarán los cantares.

Canta-en-invierno.—El romance es mediano, muy mediano en la forma, y candoroso, muy candoroso en el fondo...!

Un portiente de la burra de Balaam.—No, guillado no estará usted, pero gana de broma si tiene. ¡Rediós si la tiene!

Sr. D. L. de V.—Barcelona.—Muchísimas gracias. Siento no tener tiempo para escribirle particularmente.

Un civilista.—Pero ¿de veras cree usted que yo no hago más que buscar disculpas para no admitir composiciones? Y ¡qué voy adelantando con eso? Lo que adelantaría un casero que tuviera una finca para alquilar y se empeñara en no admitir inquilinos. Crea usted que lo que pasa es... que nada de lo que ha remitido hasta ahora es publicable.

Sr. D. M. C.—Siguen con el mismo defecto de la excesiva inocencia.

Martín.—Ambos son demasiado conocidos. El primero ha visto la

luz en este mismo semanario, pero contado de una manera más concisa, en cuatro versos.

Sr. D. F. de la P.—¡Hombrel! ¡Naturalmente! Y el caso es que tiene usted razón que le sobra.

Esforge.—¿Que servirían corrigiéndolos un poco? ¡Ay, no! Habría que corregirlos mucho, mucho, hasta acabar por hacerlos nuevos.

El Pampango.—Vamos allá con esa *Meditación á la luz de la luna.*

«¡Ah, luna luna lunera
astro de la paz de Cuba
permite que á tus plantas suba
y entre dulces deliquios muera.»

Y ¿por qué la luna es el astro de la paz de Cuba, y por qué tiene plantas, y por qué se ha de morir usted entre dulces deliquio? ¡No lo permita Dios!

Flik-flok.—Á guasa me huele. Y usted perdone la observación.

Susini negro.—Debo advertir á usted ¡oh apreciable pitillo! que *covación y amor, no y estay, majadería y correspondierías* no son muy consonantes que digamos.

Sr. D. A. S.—Se agradece la postdata. Las menudencias, ó como quieran llamarse, son bastante flojitas.

Perico.—De algunas ideas podía haberse sacado partido, pero los versos tienen incorrecciones de bulto.

Cáscara de huevo.—Sí, todo está relativamente bien. Pero ¿y el asunto? ¿Usted cree que vale la pena el asunto? Porque de cosas tan baladíes pueden hacer coplas los que tienen firma, más ó menos acreditada, pero los los que empiezan... necesitan acreditarla trayendo algo fresco.

Vista vieja.—En un álbum, pongo por ejemplo, no estaría mal del todo. Porque carece de *interés general.*

PEDID
CONSERVAS DE CARNES, AVES, PESCADOS
DE MAR Y RÍO
Y MARISCOS
Marca LA NOYESA

Galicia, Bordadores, 2.—La Holandesa, carrera de San Jerónimo, 7 y 9.—La Francia, León, 23, y principales ultramarinos.

TENEMOS A LA VISTA

con precios marcados

53 modelos de plumeros, desde 15 cts. á 20 ptas.

231 modelos de cepillos, desde 15 cts. á 10 ptas.

GRASES, Fuencarral, 8.

PERSIANAS DE CORTINA

Clase superior y precio ventajoso.

GRASES, Fuencarral, 8.

MECEDORAS, SOFÁS, SILLAS Y SILLONES

DE MADERA CURVADA

PRECIOS SIN COMPETENCIA

GRASES, Fuencarral, 8.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

▲ corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

▲ los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin samento alguno de precio.

Á los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsular, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.180.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

Representante exclusivo en la República Argentina: D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Niños de M. G. Hernández, Librería, 14 sup.º